



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 47.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux

BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Vestidos para niñas. — Plomo para labores de costura. — Esquina para cortina de vidriera. — Dos guarniciones para zagalejo de invierno. — Velo de butaca. — Dos cuadros de lana. — Tres entredoses al feston y crochet. — Encage al feston y crochet. — Cabo de erbatas de muselina. — Lazo de corbata d. encage. — Trage recogido. — Cesto, Caridad, conclusión. — Recuerdos juveniles. — La Virgen de las Rosas. — La desposada. — Solucion del logogrifo. — Problemas de ajedrez. — Lámina de tapicería.

Vestidos para niñas.

N.º 1.—Enagua de cachemira encarnada; trage corto con paletot igual de popelina de lana gris, adornado con cintas de terciopelo negro y bordado con cuentas.

N.º 2. Traje cortado á nesgas (con paletot igual) de cachemira azul, adornado con trenchilla de seda blanca, y enteramente bordado de cuentas blancas de cristal; un volante plegado de nansouk excede del borde inferior del trage.

N.º 3. Enagua de cachemira azul; trage y paletot de popelina gris, y por guarnicion una trenza de seda azul, adornada con

puntos de espina, hechos igualmente con seda blanca. Los demás pormenores de estos vestidos se comprenderán bien fácil consultando el dibujo.

Plomo para las labores de costura.

Para hacer este plomo se buscará una cajita de 5 centímetros de alto y 22 de diámetro, en la cual se colocará un pedazo de plomo, rellenándola con are-

na; se la forra enteramente con lienzo por su parte de afuera de lienzo, de modo que su abertura quede cerrada.

La envoltura exterior se hace de tapicería á punto de tapicería y á punto de terciopelo (véase los diversos puntos de tapicería insertos en el n.º 44). Un dibujo especial reproduce esta tapicería, que se ejecuta con lanas finas de varios colores. La orla que, en el centro del plomo, imita una cinta que se cru-

Esquina para cortina de vidriera.

Se ejecuta este dibujo al feston, punto ruso y realce ó punto de nudillos para los lunares.

Dos guarniciones para zagalejos de invierno.

N.º 1.—Esta guarnicion se compone de dos volantes planos, dentados, orlados con una trenza de lana

encarnada, ó de cualquier otro color; los dientes inferiores pueden hacerse en el zagalejo mismo, — ó si se quiere sobre una tira separada, como los superiores. Encima de los dientes se pone una trenza de lana doblada por su mitad de modo que forme un rulo, y respunteada sobre la tela del zagalejo. Escojiendo trenza de lana del mismo color de este, pero de tinta mas oscura, se obtendrá un efecto mas distinguido que el que se produce con dos colores diferentes.

N.º 2. — Se

ejecuta esta guarnicion con trenza de lana de dos diferentes anchos. Se cose primero la trenza mas ancha, marcando fuertemente los ángulos, por consiguiendo doblando la trenza sobre si misma, luego se ejecutan los buclecillos con trenza mas estrecha; estos buclecillos pasan alternativamente por encima y por debajo de la trenza ancha; en este último caso se descose esta, se desliza por debajo de ella la trenza estrecha, y se vuelven á hacer los puntos que se



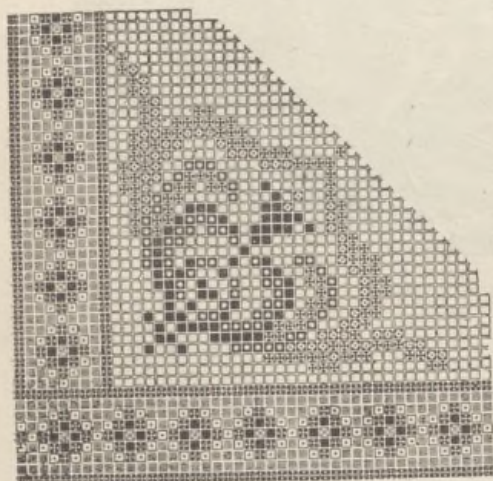
VESTIDOS PARA NIÑAS.

za, se hace á punto de cruz; lo demás se ejecuta á punto de terciopelo. Sobre la abertura (cubierta) se pone un cogin pequeño hecho de lienzo y relleno de arena; el circuito y el fondo se cubren con paño negro, ó con cualquiera otra tela de lana. A cada lado se pone un asa hecha con un doble cordon negro; y en fin, se orla el plomo con un fleco de lana de muchos colores adecuados á la tapicería.

han descosido (consúltese el dibujo).

Velo de butaca (crochet y labor á la aguja).

Este velo se compone de cuadros alternativamente claros y tupidos, rodeados por un borde al crochet, y cosidos unos con



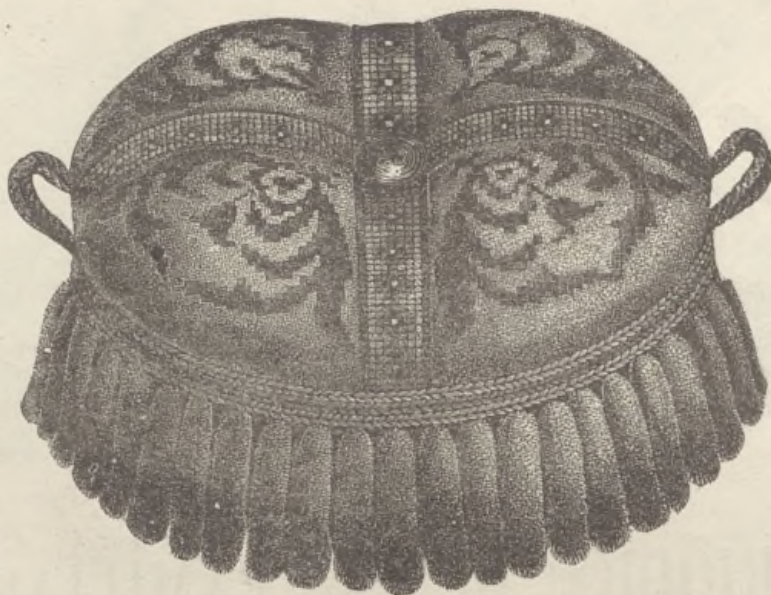
TAPICERIA DEL PLOMO PARA LABORES DE COSTURA.

Explicacion de los signos: ■ Negro. □ Verde oscuro. ◻ Verde menos oscuro. ◻ Verde medio color. □ Verde claro. * Castaño oscuro. ◻ Castaño menos oscuro. ◻ Castaño claro.

otros.—Pequeños festones al crochet circuyen todo el velo. Un dibujo especial reproduce una parte de la labor en tamaño natural.

El fondo de los cuadros tupidos se compone de un pedazo de lienzo que se divide en cuatro cuadrillos iguales, sacando dos hilos. Un dibujo reproduce este cuadro tupido, y al mismo tiempo la labor á la aguja, que se hace con algodón grueso blanco para cubrir los ya citados cuadrillos. Las dos líneas que se cruzan se cubren á punto atrás. El borde de lienzo de este cuadro tupido, cuyo borde es de medio centímetro poco mas ó menos, se cubre con puntos sencillos, que se hacen muy próximos en las cuatro esquinas; sobre estos puntos sencillos se hace una segunda vuelta compuesta alternativamente de una brida y de un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior. En las esquinas se hace en cada punto una brida seguida de un punto en el aire.

Cuadros claros.—Se tomará un

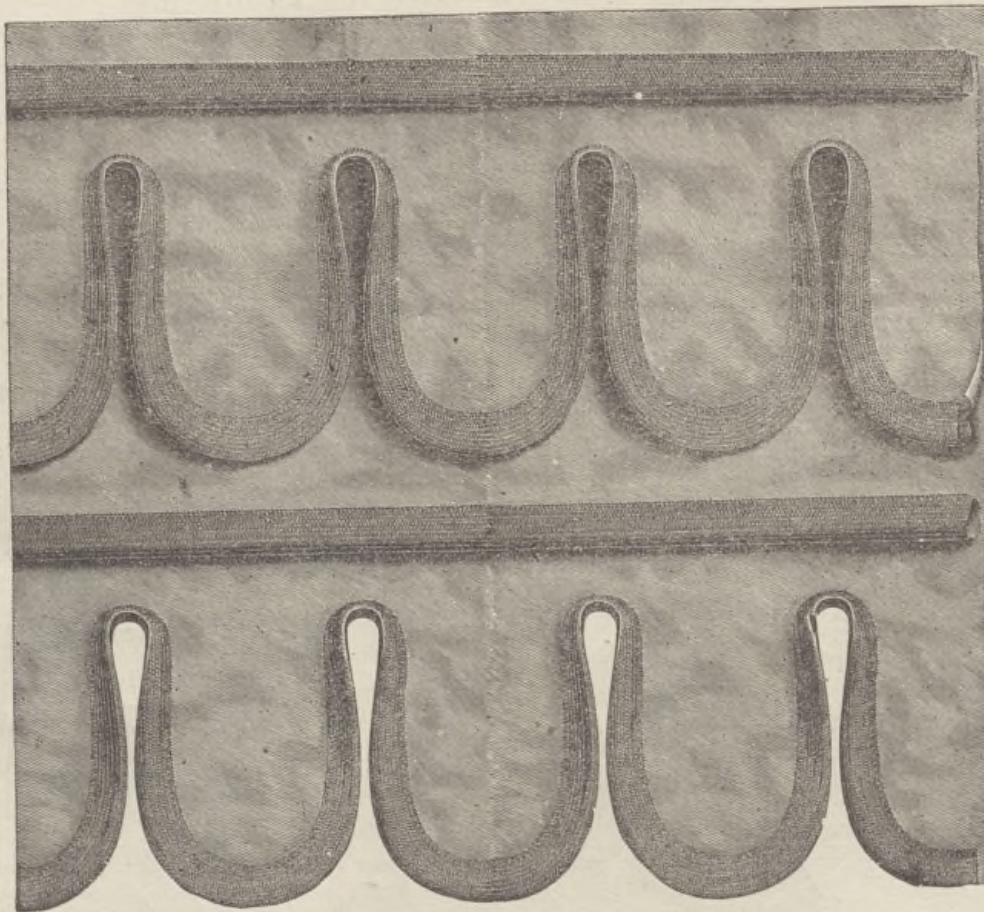


PLOMO PARA LABORES DE COSTURAS.

pedazo de carton, sobre el cual se trazarán los contornos de un cuadro, y siguiendo estos contornos, se hace al crochet una cadeneta que se fija sobre el carton; se lleva en seguida una hebra de algodón (véase el primer detalle) desde una esquina á la opuesta, al sesgo; se la estira fuertemente, se envuel-



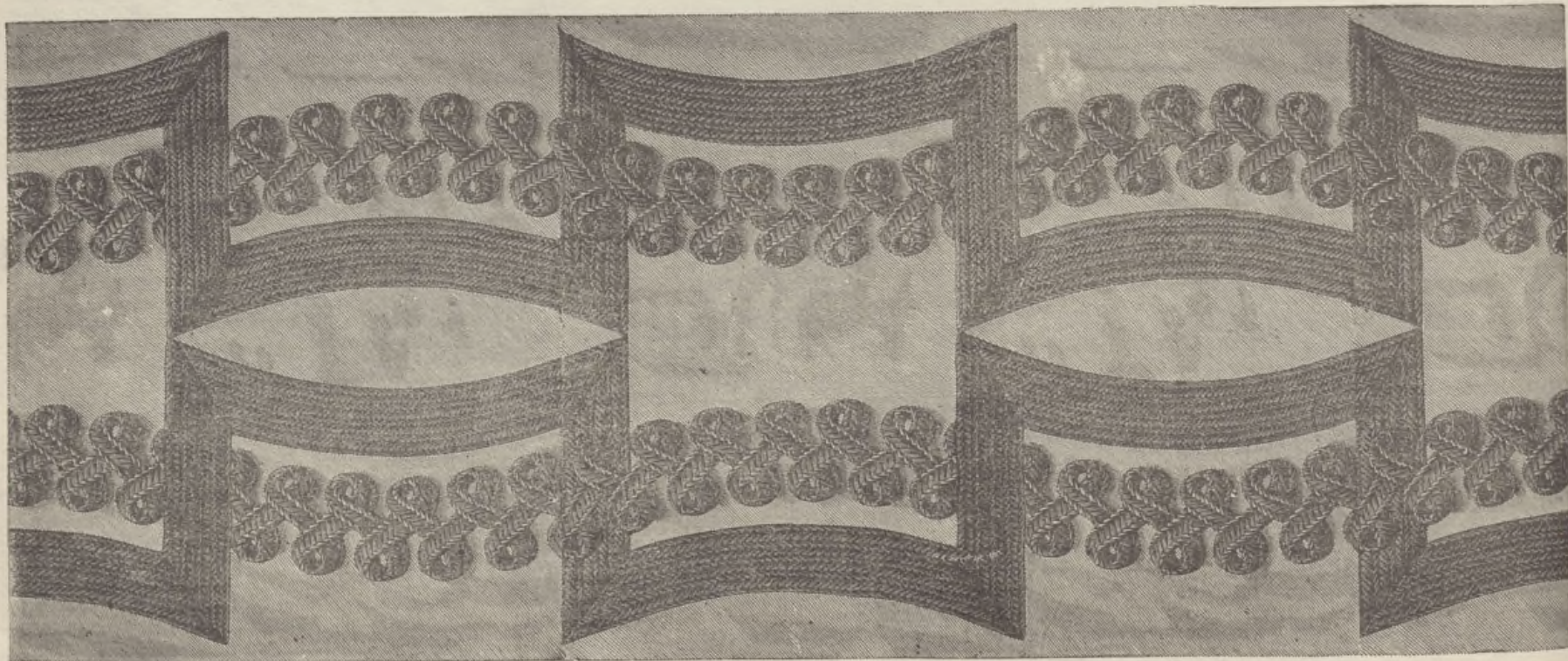
ESQUINA PARA CORTINA DE VIDRIERA.



GUARNICION DEL ZAGALEJO N.º 1.

ve la hebra al rededor de ella hasta el centro del cuadro, se la dirige hácia la tercera esquina, — se vuelve atrás, como antes, para llegar á la última esquina; se va de aquí al centro, y se envuelve la hebra al rededor de la segunda mitad de la primera hebra. Ya se comprende que jamás ha de picarse en el carton, sino solamente en la cadeneta. Se fija la hebra en la cadeneta, y se corta. Se ejecuta con algodón grueso y á punto de zurcido, la cruz indicada en el dibujo que representa el 2.º detalle; se separa este cuadro del carton, y se hace un punto sencillo en cada punto de la cadeneta que forma el cuadro primitivo; en cada esquina se crece un poco.

Se reunen los cuadros claros y tupidos copiando la disposicion del dibujo del velo de butaca, luego se ejecutan los festoncitos: 1 punto sencillo en una brida del borde; —* una hoja compuesta de este modo: 6 puntos en el aire,—una doble brida en el 1.º de estos, y otra en el segundo: las dos bridas reunidas en el buclecillo; la hoja está terminada. Un pipuillo, es decir, 5 puntos en el aire y uno sencillo en el primero de ellos,—otra hoja y un punto sencillo en el 4.º

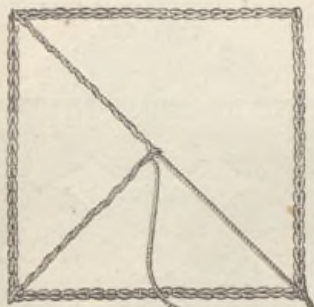


GUARNICION DEL ZAGALEJO N.º 2.

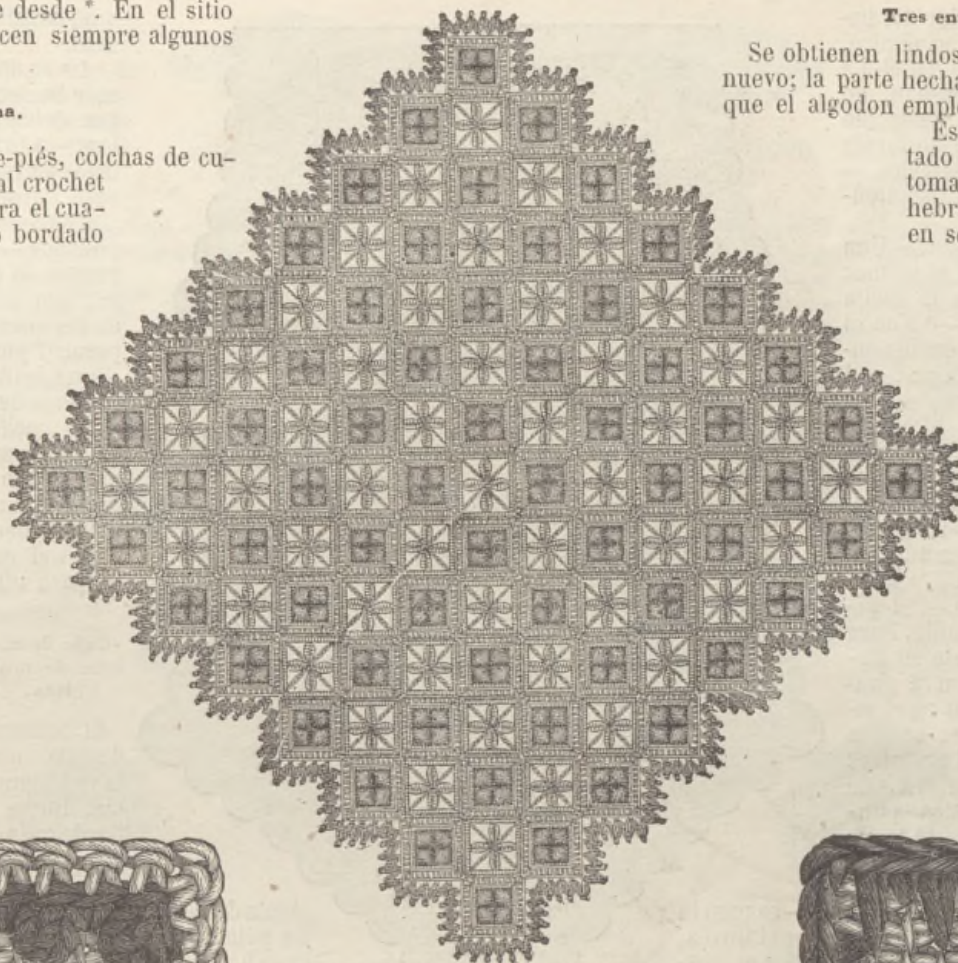
de los puntos del borde. — Vuélvase desde *. En el sitio en que se unen dos cuadros se hacen siempre algunos puntos mas.

Dos cuadros de lana.

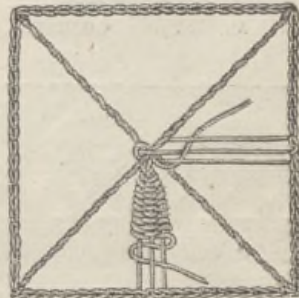
Estos cuadros servirán para cubre-piés, colchas de cuna, etc. El fondo es de lana blanca al crochet tunecino; la cenefa de lana negra para el cuadro n.º 1; en el centro va un dibujo bordado de lana de muchos colores. Para cada cuadro se arman 15 puntos, y se hacen 16 vueltas (cada una de dos filas). La cenefa del n.º 1 es de puntos sencillos con lana negra, para esto se hace un punto



1.º DETALLE. (VELO DE BUTACA.)



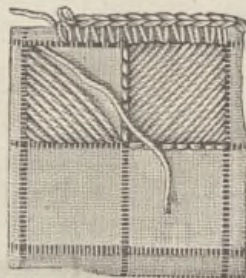
VELO DE BUTACA (Crochet y labor de aguja).



2.º DETALLE. (VELO DE BUTACA.)



CUADRO DE LANA N.º 2.

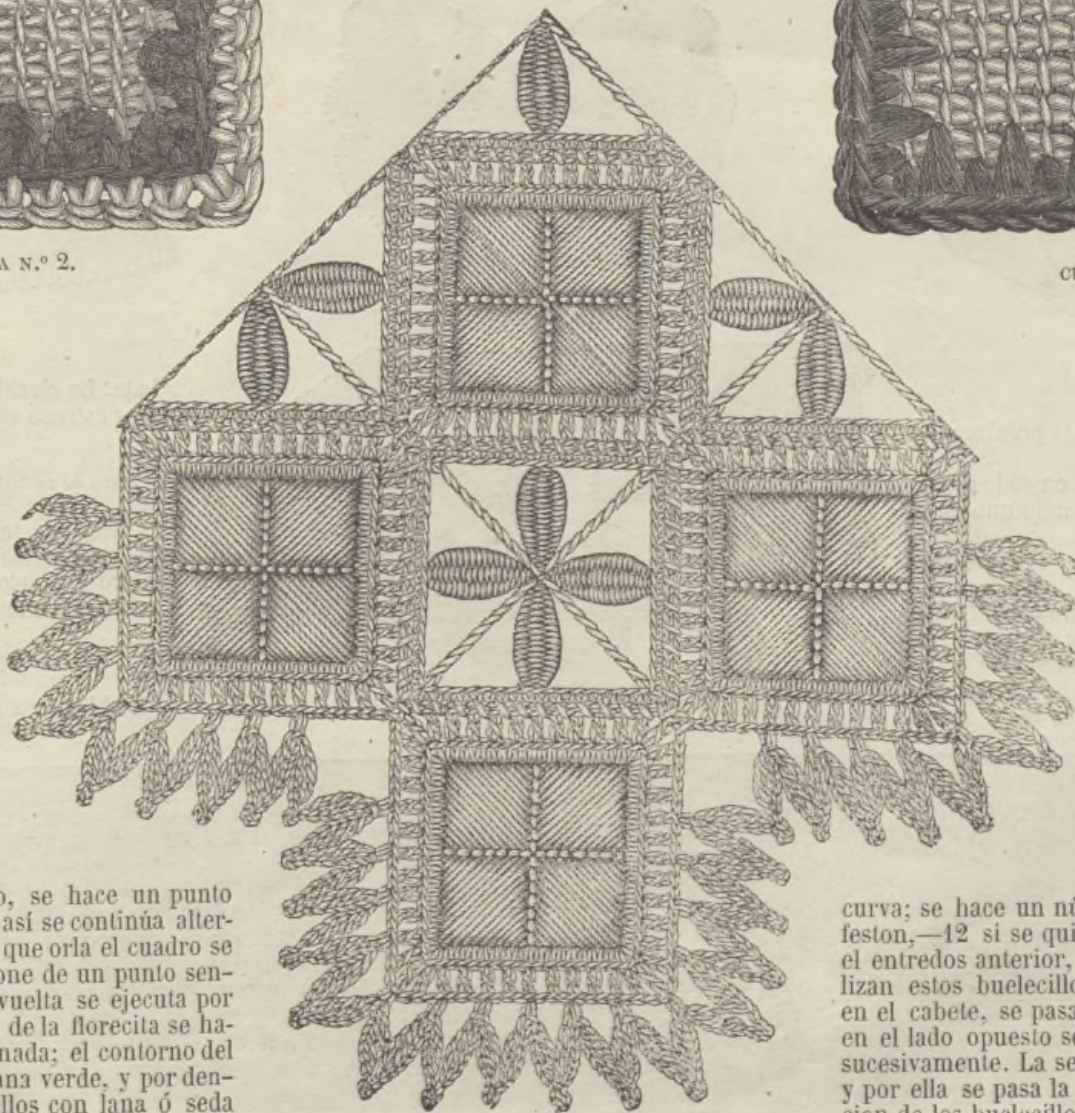


CUADRO TUPIDO (VELO DE BUTACA).



CUADRO DE LANA N.º 1.

sobre el punto de orilla, y el siguiente sobre el lado transversal de la cadeneta. El pensamiento se borda con lana violeta y amarilla; los bucleillos, que forman un pétalo, se fijan por un punto. Las venas se hacen á puntos largos con seda negra; el tallo á punto de cadeneta con lana verde. — La orla del cuadro número 2 se ejecuta con lana encarnada. — Se hace un punto sencillo en el lado perpendicular de un punto del contorno exterior; se deja deslizar el bucleillo fuera del crochet, se pasa la hebra por el lado perpendicular del punto siguiente, se hacen 5 puntos en el aire, se saca el crochet del bucleillo, por el que se pasa el bucleillo anteriormente sacado, se hace un punto sencillo en el punto que sigue, y así se continúa alternativamente. La vuelta siguiente que orla el cuadro se hace con lana blanca, y se compone de un punto sencillo hecho en cada punto; esta vuelta se ejecuta por el revés del cuadro. Los pétalos de la florecita se hacen con tres tintas de lana encarnada; el contorno del centro á punto de cadeneta con lana verde, y por dentro del contorno puntos de nudillos con lana ó seda amarilla y color castaño.



CUADRO DEL VELO DE BUTACA (TAMAÑO NATURAL).

Tres entredoses al feston y crochet.

Se obtienen lindos efectos con este género de labor muy nuevo; la parte hecha al crochet se ejecuta con hilo mas fino que el algodón empleado para feston.

Este último se hace sobre un cabete ensartado con una hebra triple. Para el feston se toma una aguja de coser, ensartada con una hebra sencilla, y se hacen dos filas de festones en sentido opuesto; cuando el feston ha cubierto el cabete, se saca este de modo que el feston caiga sobre la hebra doble.

Entredos n.º 1.—Se compone de 3 tiras al feston orladas por ambos lados con una vuelta de puntos sencillos

(un punto en cada bucleillo del feston), luego reunidas por festones de puntos en el aire, para los cuales se hacen sobre los puntos sencillos de uno de los lados de una lista: un punto sencillo, —5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior. — Otro tanto se hace sobre la 2.ª tira, y se liga cada feston de puntos en el aire con el feston correspondiente. — Para esto se saca el crochet del bucleillo, se pica en el punto necesario, y por él se pasa el bucleillo que antes se ha dejado. La 3.ª tira se orla y se reúne como esta.

N.º 2.—Lleva dos tiras al feston, cada una dispuesta en curva; se hace un número cualquiera de bucleillos al feston,—12 si se quiere,— como se ha indicado para el entredos anterior, es decir, sobre un cabete; se deslizan estos bucleillos sobre la hebra doble ensartada en el cabete, se pasa la aguja al través de la labor, y en el lado opuesto se hacen otros 12 bucleillos, y así sucesivamente. La segunda tira es igual á la anterior, y por ella se pasa la aguja cuando se cambia la dirección de los bucleillos; sobre cada lado de estas especies de argollas se hacen 4 vueltas al crochet.

1.^a vuelta.—Un punto en el lado exterior del bucleillo del medio de una curva,—* 5 en el aire,—una doble brida en el 2.^o, otro tanto en el 1.^o de estos 5 puntos. Estas bridas se terminan, no separadamente, sino *á la vez*, con el bucleillo que se encuentra sobre el crochet, y esto forma una hoja.—Se hace una hoja como la anterior,—un punto triple en el medio de la curva siguiente.—Vuélvase desde *.



ENCAGE AL FESTON Y CROCHET.

2.^a vuelta.—Una brida en el primer punto de la vuelta anterior,—* 4 en el aire —1 sencillo entre dos hojas,—4 en el aire,—una brida en el punto siguiente.—Vuélvase desde *.



N.º 1. ENTREDOS AL FESTON Y CROCHET.

3.^a vuelta.—Un punto sencillo en el 1.^{er} punto.—* 1 piquillo. Para este se hacen 2 puntos en el aire, se pica el crochet en el 1.^o de estos puntos, á la vez en el mas cercano sencill-

lo:—se pasa la hebra al través, se saca el crochet fuera de los dos bucleillos, se vuelve á tomar el último, y se hace



CABO DE CORBATA.

jecuta de relieve; es decir, que los pétalos y el follage de la rosa se hacen separadamente, se recortan, y luego se aplican sobre el cabo de la cor-

vueltas al crochet, que á continuación explicamos.

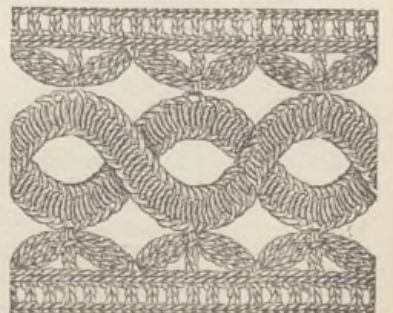
4.^a vuelta al crochet.—* Una brida en el primer bucleillo al feston,—un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un bucleillo al feston,—5 bridas, entre cada una de las cuales se deja un bucleillo,—un punto en el aire. Vuélvase desde *.

2.^a vuelta.—Una brida en la 1.^a de la vuelta anterior,—* tres puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 7 puntos,—una brida,—vuélvase desde *.



N.º 1. ENTREDOS AL FESTON Y CROCHET.

3.^a vuelta.—Alternativamente una brida y un punto en el aire, por debajo del cual se pasa otro.



N.º 2. ENTREDOS AL FESTON Y AL CROCHET.

Cabo de corbata de muselina.

El contorno de esta corbata va festoneado, luego se borda cada cabo al realce; el ramo se e-



TRAGE RECOGIDO.



TRAGE RECOGIDO.

bata. La claridad del dibujo nos escusa de ser mas estenso en su explicacion.

Lazo de corbata de encage y cinta de terciopelo.

Este lazo se hace con encage que tenga cuatro centimetros de ancho, y cinta de un centimetro y cuarto; la disposicion del lazo va indicada en el dibujo.

Trage recogido.

Publicamos el dibujo de esta manera de recoger el trage, antes indicado por nosotros, y que se compone solamente de un boton y de un ojal, puestos ámbos sobre un pedacito de cordón que va adherido á cada costura del lado del trage. Se traen estos cordones á la parte exterior por una pequeña abertura que se deja en la costura;—se forma por delante un pliegue transversal, se introduce el boton en el o-

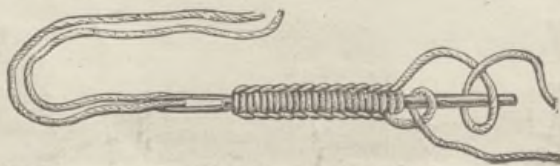
un punto sencillo en el punto mas próximo.—Vuélvase desde *.

4.^a vuelta.—Un punto sencillo en cada piquillo, y despues de cada punto sencillo uno en el aire.

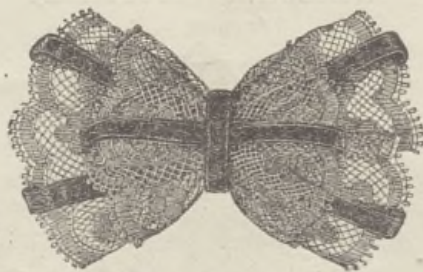
N.º 3.—Una sola tira al feston.—Se procede como se ha indicado para la primera tira del entredos anterior, pero se aprietan mas las curvas. Para esta tira se ata la hebra al primer bucleillo, se hacen 12 de estos, se vuelve á picar la aguja en el 1.^o, se saca la hebra de modo que forme solamente una linea recta sobre la cual se vuelve rodeándola;—se lleva la hebra al través, picando en la tira hasta el lado opuesto, y se repite lo que se acaba de indicar,

Encage al feston y al crochet.

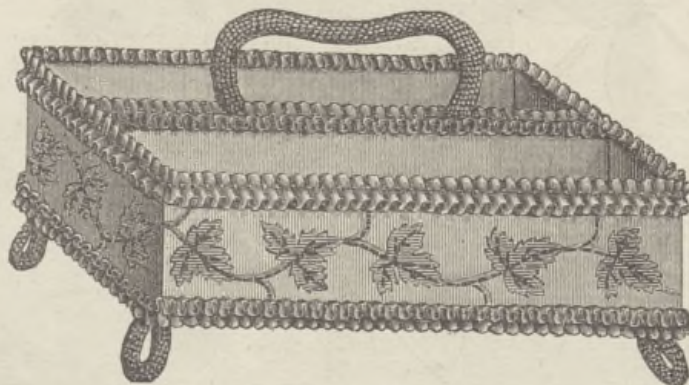
Como los entredoses anteriores, este encage se compone de una tira al feston, á la que se ligan por un lado 3



EJECUCION DE LAS LABORES AL FESTON Y CROCHET.



NUDO DE CORBATA.



CESTO PARA PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.



16657

BORDADO DEL CESTO PARA PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.



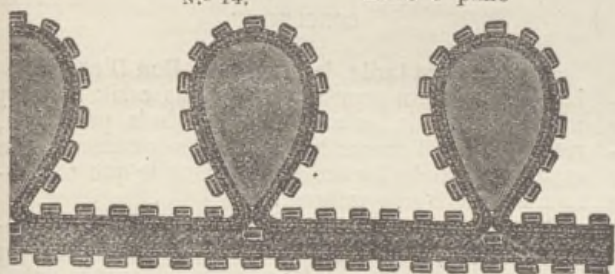
N.º 15.

de azabache; trenza de lana encarnada de un centímetro y $\frac{3}{4}$ de ancho; alambre grueso; un cajoncito de cigarros.

El cajon de cigarros que sirve para hacer este cesto tiene 23 centímetros de largo, 14 de ancho y 5 y medio de alto; se quita la tabla que forma el fondo, se la forra, así como las cuatro laterales, por dentro y por fuera, con tafílete ó paño



N.º 14.



N.º 3.



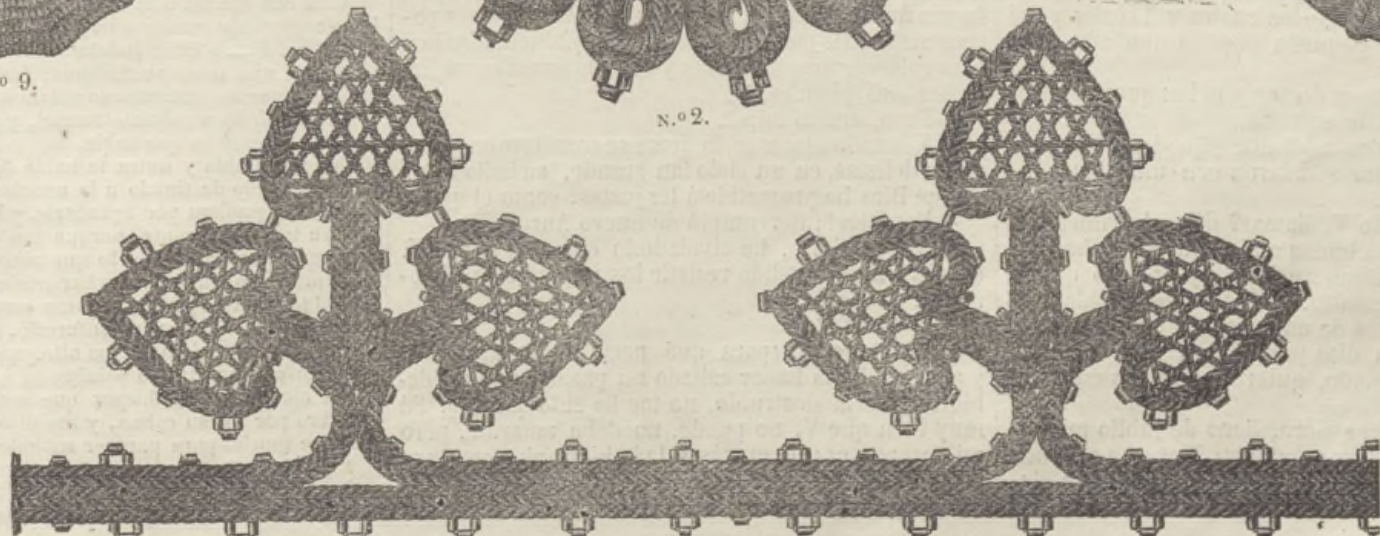
N.º 11.

gris. Se agujerean las cuatro esquinas del fondo y se fijan los piés, que se componen de una argollita de alambre, cubierta con lana, y luego con cuentas negras; luego se forra todo por dentro como se lleva dicho. Por la parte exterior se ejecuta el bordado de hojas de paño encarnado. Los tallos y las venas pueden hacerse, según se quiera, bien con cuentas negras y cañutillos de azabache, bien con torzal gris de seda (de un punto de color mas claro que el fondo) atravesado perpendicularmente de trecho en trecho en trecho de puntos de seda negra. Se cosen unos con otros el fondo, ya forrado, y las paredes; —se



N.º 9.

se pone por dentro una tabla, también forrada, en la que se fija un asa de 17 centímetros de largo, preparada como los piés del cesto; se orla este con rizados hechos de trenza de lana; entre dos pliegues se pone una cuenta negra. Para los demás pormenores consúltese el dibujo.



N.º 10.

(Las explicaciones de los dibujos de esta página se insertarán en el próximo número.)

jal, y se saca por encima el borde del traje, que forma de este modo un ancho bullonado. La combinación es tan fácil como graciosa.

Cesto para labores hechas al crochet y punto de aguja.

MATERIALES.—Tafílete gris; paño encarnado; cuentas negras y cañutillos



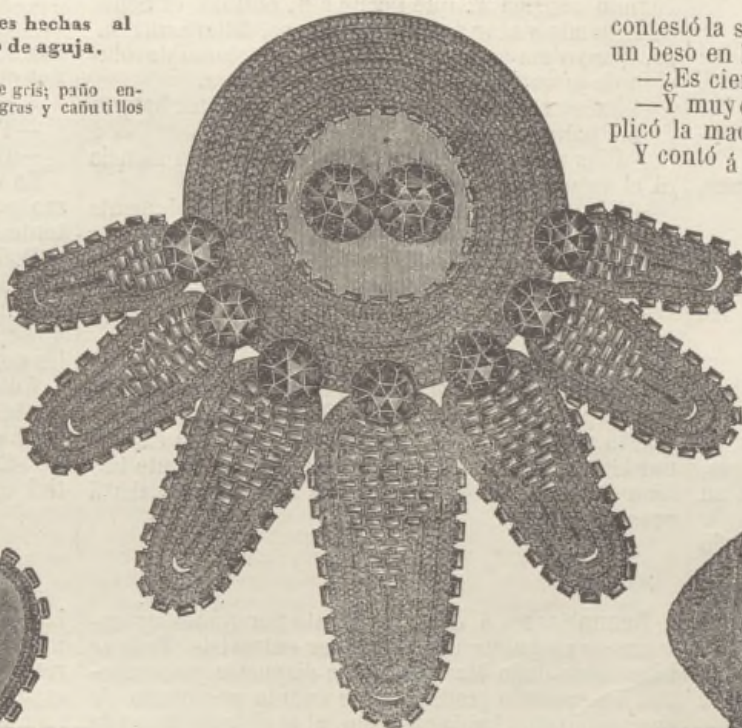
EJECUCION DE UNA PRESILLA DEL N.º 3



N.º 6. REVÉS DEL BOTON.



N.º 18. HOJA AL CROCHET PARA LA ORLA.



N.º 1.—BROCHE.



N.º 17



N.º 13.



N.º 16.

CARIDAD.

(Conclusion.)

—Y Alfredo? preguntó Julio que se extrañaba de no ver á su amigo.

—Está malito, hijo mio, contestó la señora Maria depositando un beso en la frente del niño.

—¿Es cierto, señora?

—Y muy cierto, por desgracia, replicó la madre.

Y contó á doña Marta y á sus hijos cuanto habia ocurrido la tarde en que conocieron á Alfredo.

—¿Y el médico asegura que podrá salvarse?

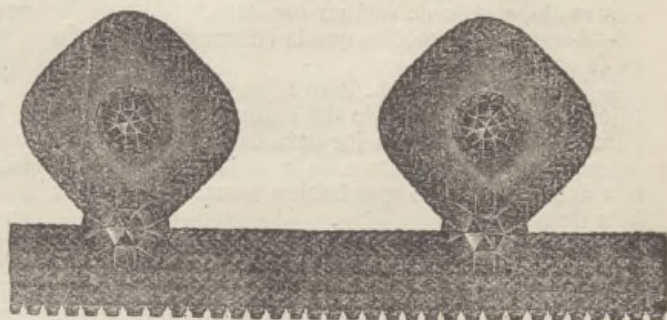
—Así nos lo repite todos los dias; pero yo voy creyendo que la ciencia no conseguirá nada.



N.º 12.—EJECUCION DE LA LABOR AL CROCHET PARA FORRAR UN BOTON.



N.º 5.



N.º 4.



N.º 7.

—Pues es preciso que se le busquen á toda costa los mejores médicos de España, del mundo, si no bastaran estos; nosotras le hemos traído esa desgracia, justo es que procuremos por cuantos medios estén á nuestro alcance, volverle la salud.

—Pero su posición de V., señora... se atrevió á decir la señora Maria.

—Mi posición es muy buena ya, á Dios gracias.

Y doña Marta contó á su vez el cambio favorable que en su fortuna habian experimentado aquellos dias.

—Todo, concluyó diciendo; todo lo que Vdes. necesitan corre de mi cuenta. Él hizo mucho por nosotras y hoy debemos hacer cuanto



N.º 8.

esté en nuestra mano, aunque nunca valdrá lo que su generosa accion. Vamos á verle.

—Vengan Vdes., que aunque loco, su locura no le impide recibir visitas.

La señora Maria los condujo á una alcoba que habia en la misma sala y en donde, sentado en una butaca, estaba

Alfredo sacando cuentas con los dedos.

IX.

Al verlos entrar, el enfermo se incorporó sobre su asiento y murmuró con voz débil:

—¿Es V., don Antenor? Ahora voy, estoy concluyendo de contar los diez y seis duros. Uno... dos... tres...

Y el joven seguía contando con los dedos.

—No es don Antenor, hijo mio, es doña Marta que viene á verte con sus hijos. Mirales, Aurora y Julio.

—Somos nosotros, amigo mio, ¿no nos conoce V.?

—Aurora... sí, Aurora... ella fué... estaba tan pobre... y era tan bonita... tan bonita...

—Alfredo, gritó Julio no pudiéndose ya contener, ¿no me conoces?

—Conocerte! ¿quién eres?

—El hermano de Aurora; Julio, el niño aquel que te pidió limosna.

—Ah! sí, el de los diez y seis duros... Ahora los buscaré... Uno, dos, tres...

—Infeliz! murmuró doña Marta.

—Ya vé V. si hago bien en no creer al médico, dijo la señora María.

—Nada de eso; hace V. muy mal. La ciencia no puede dominar las enfermedades desde su principio, sin embargo, con la ayuda de Dios, las corta en su desarrollo, y Alfredo está en ese caso.

—Aseguraba el médico que la enfermedad era solo en la parte moral.

—Y no se equivocaba. Pero salgamos de aquí; mis hijos se quedarán al lado del enfermo y entretanto pensaremos el medio mejor para volverle á la razon.

Las dos señoras salieron de la alcoba, dejando en ella á Aurora y Julio que habian tomado asiento al lado de Alfredo.

—Ante todo, dijo la madre de Julio, es preciso que mande V. á cambiar este billete de cuatro mil reales.

La señora María tomó el billete, salió de la estancia y poco despues volvió con el dinero.

—El banco está cerca y he preferido ir yo misma á cambiarlo. Aquí tiene V. el dinero.

—Bien. Ahora acábeme V. de contar los infortunios de su hijo. ¿Entregó V. el importe de la letra al señor Oquendo?

—No, señora; cuando le conté nuestra desgracia, no quiso admitir el dinero y vino él mismo á decirle á Alfredo que lo habia recibido ya. Gracias á su generosidad, hemos podido procurarle toda clase de medicinas al enfermo, pues en casa no quedaba ya nada aquel dia.

—Entonces, hay que probar el último recurso. Mandé V. llamar al señor Oquendo y al médico que ha asistido á Alfredo. Tengo confianza en Dios y creo que hemos de salir airoso de nuestra empresa.

Doña María salió á cumplir los encargos de su amiga y esta se asomó á la alcoba del enfermo.

Este, pronunciando aun palabras incoherentes, sonreía tranquilamente á Aurora que, con su angelical dulzura, procuraba distraer su imaginacion de las horribles ideas que la habian trastornado. Julio por su parte tampoco se descuidaba, y dando saltos alrededor del sillón donde descansaba Alfredo, hacia lo posible por hacerse oír de él, para contarle cuánto iban á divertirse el dia que volviera su padre.

Largo rato estuvo doña Marta contemplando aquel cuadro desolador, y aun hubiera seguido así, si la voz de su amiga, llamándola desde la sala, no la hubieran hecho volver la cabeza.

—¿Está ya todo? preguntó.

—Sí, señora; detrás de mí vienen el médico y el señor de Oquendo.

—Ahora es necesario poner este dinero en el sitio en que Alfredo acostumbraba tenerlo de ordinario; así será mas completa la ilusion.

La señora María recogió los cuatro mil reales y fué á colocarlos en un pequeño pupitre que adornaba la sala.

En aquel momento el doctor y el banquero aparecieron en la puerta de entrada.

—Adelante, señores, adelante; dijo doña María.

Oquendo y el doctor saludaron con una ligera inclinacion de cabeza.

—Nos ha mandado V. llamar? dijo el primero.

—Sí, señores; esta buena amiga quiere probar hoy con el enfermo el último recurso, y por eso quiere que estén Vdes. presentes. La locura de Alfredo proviene indudablemente de un préstamo que hizo á esta señora en aciagos dias para ella, y hoy, honrándonos quizás demasiado, quiere ayudarnos en nuestra empresa.

—La accion de V., señora, llena de júbilo mi corazón, replicó el médico, y quiera Dios que el remedio que V. se propone usar sea suficiente para devolverle al enfermo la salud, que la ciencia aun no

ha conseguido encontrar para su pobre mente.

—Tengo fé, caballero, y confio en Dios.

—Pues vamos á la prueba, objetó el señor de Oquendo que no habia desplegado sus labios.

—Sí, vamos, añadió Doña Marta.

Y dirigiéndose á la señora María:

—Usted, continuó, se encarga de hacer ver á su hijo que los cuatro mil reales están en su escritorio; cuando consiga V. que llegue allí, entrará el Señor de Oquendo y al ir á contar el dinero, faltará una onza, que yo me apresuraré á entregarle como devolucion de la que anteriormente me prestara.

—Excelente plan! magnífico! gritó el doctor batiendo las palmas.

—Dios me lo ha inspirado, caballero, no la ciencia ni el estudio.

—Tiene V. razon, señora, Dios indudablemente querrá hacernos ver la impotencia del hombre, por mucho que profundice la ciencia, ante su poder inmenso; solo El puede inspirar esas ideas.

—¿Vamos? se atrevió á decir la señora María, cuya ansiedad iba en aumento.

—Sí, vamos.

Cada uno de los personajes que desempeñaba algun papel en aquella prueba fué á colocarse en su puesto y solo el doctor quedó en la sala para examinar las distintas impresiones que sucesivamente habian de producir en Alfredo las escenas que iba á presenciar.

X.

Renunciamos á describir punto por punto las escenas que siguieron á la anterior entrevista. Todo se hizo como doña Marta lo habia dispuesto y el enfermo, recordando gradualmente cuanto por efecto de su enagenacion habia olvidado, al recibir de mano de aquella los diez y seis duros que le devolvía dejó correr las lágrimas por sus mejillas y sonrió á la buena señora, lanzándose á sus piés para besar sus manos.

El doctor, á quien Alfredo reconoció en seguida, aseguró que todo habia desaparecido y que por lo tanto su presencia era ya inútil en aquel sitio. No quiso Doña Marta dejarle marchar y le rogó que les acompañase aquel dia en la mesa, á lo que accedió gustoso el Galeno en gracia, segun él decia, del milagro que ella habia operado.

Con la comida se celebró alegremente tan deseado restablecimiento y todos eran felices, excepto Doña Marta que hubiera deseado tener allí á su esposo.

Cuando terminaron, el médico y el Señor de Oquendo se despidieron de aquellas bondadosas y honradas familias y estas quedaron solas en casa de Doña María.

La señora de Don Diego, comprendiendo que la juventud desea tener siempre ciertos momentos de expansion que la edad madura no necesita tanto, dispuso que sus hijos y los de doña María saliesen á dar una vuelta por los alrededores del pueblo que floridos y aromosos, convidaban al grato solaz y regalo de sus habitantes.

Los tres pequeños marcharon delante y Aurora, que ya se habia provisto de un sencillo trage de mozambique claro, apoyada en el brazo de Alfredo, marchaba con este un poco detrás de aquellos.

Cuando salieron fuera de la poblacion, la joven se detuvo para contemplar el magnífico espectáculo que presentaba la vega, cuyo horizonte era el mar y suspiró débilmente.

—¿Qué hermoso es esto! murmuró.

—¡Ah! este punto de vista es admirable, añadió Alfredo, y cuando al contemplarlo tenemos á nuestro lado una mujer hermosa.....

—Alfredo! exclamó la joven ruborizada.

—Cuando sentimos latir su corazón junto al nuestro, continuó diciendo Alfredo sin atender á su amiga, cuando la presion de su brazo hace correr con mas fuerza nuestra sangre, entonces la naturaleza nos parece mas bella, mas imponente: hay entonces mas luz, mas colores, mas armonías y el cielo es mas azul, las nubes mas blancas.

—Pero, amigo mio...

—Y cuando amamos, la tierra se convierte en paraíso de delicias, en un cielo tan grande, tan bello como el que Dios ha prometido á los justos, como el que...

—Por Dios! interrumpió de nuevo Aurora.

—Ah! es cierto, he olvidado lo que soy, lo que V. es; pero no he podido resistir los impulsos de mi corazón.

—Acaso Vd?..

—Sí, Aurora, ¿para qué negarlo? La amo á V. y aunque debia haber callado mi pasión, aunque debiera haberla destruido, no me ha sido posible. Sé muy bien que V. no puede, no debe amarme, pero mi corazón es así: quizás si la hubiera aborrecido se lo habria dicho lo mismo.

—Y porqué no amarle á V.?

—Soy tan pobre..

—¿Y qué importa la pobreza si el porvenir es grande y es noble el corazón?

—Ah! V. cree...

—Creo que el amor, por mas que el espíritu del siglo le haya querido desfigurar, es siempre el mismo; no reconoce clases ni repara nunca en la distancia que puede haber entre los que se aman.

—Y en ese caso?..

—En ese caso, puedo ser franca con V.; mi corazón es de V. desde el dia en que entró en nuestro pobre soto banco.

—¿Será posible?

—Puede V. creerlo.

—Oh! gracias, Aurora, gracias.

La conversacion giró desde entonces sobre el mismo punto y cuando regresaron á su casa era ya bastante anochecido.

Doña Marta, que le habia parecido notar algo en las miradas de los jóvenes, concluyó aquella noche por arrancar el secreto de su amor á su hija y cuando se sentaron á cenar, los hizo poner juntos, dándoles continuas bromas que asustaron al pobre Alfredo.

Antes de retirarse á su casa, la señora María era tambien dueña del secreto y oyó de los labios de su buena amiga las siguientes palabras:

—Cuando llegue mi esposo, la broma se convertirá en la realidad que ha de hacerlos dichosos.

CONCLUSION.

Dos dias mas tarde, la familia de Don Diego, establecida ya en un primer piso de una casita alegre y nueva de una de las mejores calles de la poblacion, recibia á aquel en sus brazos, llenos de contento y su esposa le contaba los acontecimientos de que últimamente habian sido autores.

Alfredo y su madre avisados en seguida por Aurora, fueron á visitarle y todos juntos convinieron en comer aquel dia en el campo, para celebrar la llegada de don Diego.

Así se hizo y cuando volvieron de la alegre gira, ya los novios tenian el permiso del ex-comerciante para su casamiento.

Doña María al recibir tan buena nueva, se arrojó en brazos de su amiga y ocultó sus lágrimas en su pecho.

—Lo vé Vd? la dijo doña Marta, conozco muy bien á mi esposo y sabia yo que no me lo habia de negar.

No tardó mucho en celebrarse la boda y cuando los novios salieron de la iglesia, el señor de Oquendo que habia sido el padrino, entregó un papel á Alfredo, diciendo al mismo tiempo.

—Ese es mi regalo de boda, amigo mio. Muy poco es, pero no puedo hacer mas.

Alfredo leyó el papel y dió un grito de alegría.

—Su socio, su socio! ¡Oh! gracias, gracias generoso protector!

—Las gracias á Dios, Alfredo, replicó don Antenor, que hace siempre que sea una verdad el refran que dice que El dá ciento por uno.

M. SECO Y SHELLY.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Desde aquel momento no se ocupó mas de mí, contentándose con lanzarme de cuando en cuando una ojeada desdeñosa. Estaba tan desconcertado por aquel brutal recibimiento, que apenas sabia responder á las preguntas y órdenes que me dirigia el sargento primero, mi superior inmediato.

A las dos me fuí á la morada del capitán; mi corazón latia angustiado y estaba inquieto como si presintiese una desgracia. Entré en la habitacion del capitán y le hallé sentado á una mesa escribiendo; levantóse bruscamente, me miró por un instante, se volvió á lamentar de que se le hubiese dado semejante furriel, y me preguntó por fin de donde era y lo que sabia.

Con voz tímida y dulce le hablé de mi padre y le dije que habia sido destinado á la enseñanza. Le prometí hacer cuanto pudiera por agradarle, y le supliqué que no me tratase tan crudamente, porque con eso me causaba infinitamente mas miedo de lo que pensaba.

Al principio pareció escuchar mis explicaciones con gusto ó al menos con paciencia; pero cuando le rogué me tratase con mas dulzura, se enfureció, á juzgar por sus ademanes que reveleban el mas alto grado de irritacion. Escapábanse de sus labios palabrotas á manera de torrente, y sus ojos lanzaban chispas que me hacian estremecer. Recobró por fin su calma, y me dijo que tenia que espabilarme mucho para parecer soldado.

Algunos instantes despues me cogió la mano con benevolencia y me dijo:

—¿Me tienes miedo? ¿Tiemblas? ¿Cómo diablos te ha ocur-

rido la idea de ser soldado? Tienes todo el aire de un mozo que debía estar aun en el regazo de su madre. Vamos, ten valor, yo te haré hombre. Lo que hago es por tu bien... Pero si quieres permanecer niño, te prevengo que no merecerás mi aprecio; cada uno á su oficio. Hace ya á fe mia mucho tiempo que se dejan permanecer en el ejército mequetrefes y viejos.

Mis temerosas respuestas, y sobre todo el desalentado acento de mi voz le disgustaron, y volvió á amenazarme, á injuriarme, á tratarme de mozuelo y de boquirubio, á lo que cediendo á un verdadero terror, acabé por prorumpir en lágrimas. Entonces su cólera no conoció ya límites; me apartó violentamente por el hombro, me echó fuera de la habitación y cerró la puerta tras mí.

Con el corazón quebrantado, completamente abatido, espantado del porvenir que me esperaba, llegué lentamente á mi alojamiento, donde mi mala estrella encontró al sargento primero.

Este se esforzó en hacerme comprender que el capitán tenía efectivamente extrañas maneras, pero que no debía tomarse la cosa por lo serio, pues el capitán mismo así lo hacia. Añadió que nuestro jefe tenía buen corazón en el fondo, que era incapaz de hacer mal á nadie con propósito deliberado, y que lejos de eso, lo que acababa de pasar me probaría que tenía muchas simpatías hacia mí, y que verdaderamente quería hacerme soldado, dándome las cualidades de mi estado, que claramente me faltaban.

De cualquier modo que fuese, la manera de que se valía para modificar mi carácter, atormentaba mi corazón, causándome una verdadera desesperación. Diariamente me abrumaba el capitán con rudas palabras, y se hubiera dicho que se esforzaba á impulsar mi sufrido espíritu á rebelarse contra su brutal conducta; hacia pedazos mis escritos, valiéndose de mil pretextos; me castigaba por los motivos mas ligeros, y me causaba sangrientas humillaciones en presencia de los soldados que en muchas ocasiones me veía obligado á mandar.

Dejamos bien pronto á Termonde para trasladarnos al campo establecido en las cercanías de Diest; despues fuimos acantonados por algun tiempo en diversos pueblos, y llegamos por fin á Mons, donde fuimos instalados en el principal cuartel.

En noviembre de 1831 nuestros sargentos primeros marcharon al depósito con el fin de reunir y coleccionar metódicamente los escritos de las compañías. Su ausencia duró seis meses, y durante este tiempo dejaron á los furrieles el cuidado de llenar sus funciones, agregando á cada uno de estos un cabo que los auxiliara. Yo me hallaba cargado con este motivo con una gran responsabilidad y un penoso trabajo. Mi timidez hacia que mi tarea me fuera mucho mas pesada de lo que era en realidad; la inquietud y los cuidados me quitaban el sueño por decirlo así y últimamente me acontecia algunas veces equivocar la ejecución de las órdenes que se trasmitían.

Mi capitán persistía siempre en su intencion de hacerme soldado, como decia. Forzosamente me hallaba en contacto con él casi á todas las horas del dia; y cada vez que nos veíamos me trataba con la rudeza mas á proposito para desanimar á cualquiera; me castigaba despiadadamente y no perdía ocasion de desesperanzar y aterrar mi abatida alma. Poco á poco mi imaginacion enfermó y mi inteligencia se turbó. El capitán, al verle con aquellos ojos centellantes, tomó para mí la forma de un ser misterioso y de un genio malféfico que me seguía los pasos. Su voz me daba frio; una palabra suya amenazadora me hacia palidecer; de noche tenía sueños espantosos; me veía demacrado y morir, y cada vez que se dirigía á mi lecho de muerte la imagen del capitán, una risa sardónica se manifestaba en sus labios, como si se complaciese en contar los últimos instantes de la vida de su víctima... Yo enflaquecia notablemente; mis mejillas tomaron un tinte amarillento y trasparente, y aun cuando me quejaba pocas veces de mi suerte, sentía el presentimiento de una muerte cercana.

No vaya á creerse por esto que mi capitán fuese un mal hombre; pero ¡qué me importaba! Cuando la imaginacion, presa de una sobreexcitación valetudinaria, se crea fantasmas, sufre su influencia como si realmente existiesen. Esto es lo que me sucedía á mí. Yo llegué á mirar, no solamente al capitán, sino á toda clase de hombres, como enemigos, y á aquel como un ser perverso y sin corazón, detestando en el fondo de mi alma el mundo y la sociedad, de que yo me creía inocente víctima. Huía de mis compañeros, y por la noche, cuando ocupaciones urgentes no me hacían trabajar, me metía en mi cuarto, y allí, solo, con la cabeza entre mis manos, soñaba pensando en mi vida pasada. El dolor me producía muchas veces una especie de éxtasis febril, y entonces me dirigía á Dios y le hablaba diciéndole que me doblegaba con resignacion al peso de su brazo, y que aguardaba tranquilamente la suerte que me reservara su voluntad suprema. Mientras que mis camaradas se entretenían fuera del cuartel y pasaban alegremente las noches, yo me complacía en atormentar mi propio corazón y destruir la energia moral que me era tan necesaria para no sucumbir al pesar... Yo sufría aquella afeccion terrible y casi siempre mortal que se llama mal del pais ó nostalgia.

El mal del pais es una extraña y misteriosa enfermedad del cerebro, causando la mayor parte de sus víctimas en los soldados jóvenes; las halla tambien entre los jóvenes criados, á pesar suyo en los colegios, lejos de la casa paterna; entre las jóvenes religiosas y entre los jóvenes presos; en una palabra, entre todos los hombres que sacados demasiado pronto de su pais natal conservan en cierto grado la sensibilidad de la infancia.

Cuando un soldado está amenazado de esta enfermedad, su rostro se cubre de una palidez característica; su mirada se hace indecisa, moviéndose sus ojos lentamente; su cabeza se inclina sobre el pecho, parece abismado siempre

en un profundo extravío, y si se le habla sale de su desvarío sorprendido, como un hombre que se despierta sobresaltado. Nada le alegra; su sonrisa si es capaz de aparentarla, tiene la amargura y tristeza de un lamento. Huje de sus amigos y busca la soledad. Cuando sus compañeros se van á pasear, él queda en su cuarto: si están en el cuartel se oculta en algun rincón apartado, donde pueda entregarse en completa libertad á sus achacosos desvaríos.

Sueña siempre con los mismos objetos; sus ojos ven la casa paterna, la llanura ó la montaña que fué su cuna. Habla de su madre ausente; repite mil veces los nombres de sus amigos de la infancia; ve y oye cuanto le es querido en su pais natal. Su alma se mueve en un estrecho círculo; que esté sobre las armas ó no, haga lo que haga, sea cualquiera el trabajo á que se entregue, su espíritu no da lugar á otros pensamientos.

Aquella constante y exclusiva preocupacion hiere de tal modo su cerebro, que se apodera de él una parálisis crónica que acaba por robar completamente al cuerpo la excitacion nerviosa que le es tan necesaria. Poco á poco, el estómago del soldado atacado de nostalgia empieza á rehusar los alimentos, enflaquece rápidamente, sus miembros se cansan y sus movimientos se perturban. Al mismo tiempo en su interior se obra una revolucion terrible; sus pulmones se secan, se contraen y engendran en las misteriosas cavidades del pecho esos tumores duros y redondos que son una sentencia de muerte... Empieza á toser... se le da una papeleta para el hospital y sus camaradas le siguen con una mirada entristecida cuando deja el cuartel con paso lento y mal seguro... Saben bien que no volverá.

¡Cuántos soldados jóvenes toman aquel fatal camino! y aquellas son siempre las almas mejor dotadas, los corazones mas sensibles; el hombre rudo y grosero, aquel á quien dominan los instintos materiales no es acometido por el mal del pais.

Muchos médicos militares cuando descubren los síntomas de este mal en un recluta, se esfuerzan por conseguir una licencia que le permita volver por algun tiempo á la casa paterna. ¡Ojalá todos obraran así! Este es el único infalible remedio, pues los demás no hacen mas que apresurar el fatal desenlace. Pero este remedio es preciso aplicarle á la aparicion de los primeros síntomas que siempre son fáciles de reconocer; pues cuando ya la nostalgia ha depositado en los pulmones los gérmenes de la muerte, es demasiado tarde para que obre con eficacia un socorro humano.

Para colmo de desgracia, el cabo que me dieron para ayudarme desertó por aquella época despues de haber cometido algunas falsificaciones, y llevándose sus mantas. Tenia yo que reembolsar el valor de estos últimos objetos y de una cantidad considerable de pan deduciéndome de la paga esta suma que era enorme para mí. Además, me acusaron de descuido, de falta de vigor y hasta de cobardía.

Aquel dia tuve que sufrir de mi capitán fuertes reconvencciones que me abatieron y apagaron en mí el poco amor que á la vida me quedaba.

Por la noche mientras deploraba yo mi infortunio, un frio glacial se apoderó poco á poco de mis miembros, y comencé á temblar fuertemente. Acostumbrado á verlo todo por el lado peor, creí que mi última hora habia llegado. Muy luego mi cabeza se inflamó y mi piel ardia. Este estado duró hasta media noche, y acabé por dormirme con un sueño agitado. Me habia acometido una fiebre ardiente que me repitió todos los dias á horas distintas y siempre con mayor intensidad.

El hospital, como á todo simple soldado, me inspiraba una viva repulsion, estaba persuadido de que si entraba en él me sacarian cadáver, por esta causa disimulé mi enfermedad y supliqué á los compañeros que lo sabian que no dijeran nada.

Al dia siguiente del primer acceso, escribí á mi padre una carta llena de lamentos y bañada de lágrimas, le decia que si deseaba verme se apresurase; pero la idea de que esta carta afligiria demasiado á mi padre, me decidí á rasgarla y á escribirle otra en la cual me limitaba á quejarme con tristeza, pero con moderacion, y le suplicaba me hiciera una visita.

Me respondió que estaria en Mons dentro de cinco ó seis dias; mas entre otras cosas decia esto:

«Me manifiestas que tu capitán te trata como á un esclavo: ¿qué significa esto? ¿qué haces para que te traten así? Creo que tienes en ello bastante culpa, pues tu carácter no es lo que debía ser. Las ideas filosóficas que andan por tu cabeza son la verdadera causa de tu descontento y de tu mala voluntad. Esto es lo que te hace desagradable á tus jefes y compañeros, que sin duda observan tu mal humor, sobre todo cuando tienes que hacer una cosa que no te gusta. Créeme, cambia el giro de tus ideas, pues si no serás desgraciado lo mismo en la vida civil que en el servicio. La vida no es un sueño como suponen los filósofos, es una verdadera lucha; el enemigo es el destino, y sale uno vencedor cuando sabe mirarle intrépido de frente.»

Mi buen padre conocia mi corazón, y en esta circunstancia me indicaba con toda claridad la herida que hacia sangrar mi alma.

Pero en el estado en que me hallaba yo era incapaz de comprenderle; sus sabias advertencias produjeron el efecto del aceite en la lumbre, no hicieron mas que avivar el dolor que me minaba, y me creí abandonado de todos hasta de mi padre.

Al otro dia la calentura me dió desde por la mañana. Eran las diez y acometido por los primeros temblores me hallaba tendido en mi cama medio vestido. En aquel instante el capitán entró en mi cuarto y yo muy asustado me puse en pié y durante un instante comprimí los sacudimientos de la fiebre, pero el mal venció y comencé á temblar

mas fuerte que antes. Además, mis pálidas mejillas y mis labios cárdenos indicaban suficientemente cual era mi estado.

Despues de haberme contemplado con ojo penetrante, el capitán exclamó:

—¿Tienes calentura? Hay que dar parte; irás al hospital.

Y al ver como me espantaba esta palabra, añadió:

—¿Qué significa eso?

—¡Ah! capitán, exclamé con tono suplicante y tendiendo hacia él mis manos cruzadas, no me haga ir al hospital; estoy seguro de morirme.

—¡Cabeza sin seso! murmuró; creo que, con efecto, dices la verdad. Pues bien, animate y sígueme, yo te curaré.

Y como me vestía con lentitud, se puso á dar muestras de impaciencia, á echarme en cara mi falta de energia, y á decirme tan malas palabras, mientras repetía que estaba en la intencion de curarme, que estuve á punto de desmayarme de espanto con la idea de que meditaba contra mí algun horrible proyecto.

(Se continuará.)

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

I.

Una tarde del mes de Mayo de 1859 me paseaba del brazo de un amigo por el Boulevard de la Magdalena. Era un verdadero dia primaveral, de cielo azul oscuro; el follaje naciente de los árboles, no tenía todavía ese aspecto polvoroso de que tan pronto se cubren los campos en París; un poeta á través de su prisma lírico, les hubiera tomado por ramilletes de esmeraldas. La brisa soplaba á nuestro lado, llevándonos las suaves y frescas emanaciones del mercado de las flores. Era un buen dia del mes de la Virgen y del bello mes de los poetas.

Enrique de Pontmolain y yo conversábamos ligeramente de todo cuanto se nos ocurria y de cuanto pasaba por delante de nuestros ojos, ya politicamente, filosofando, criticando, riendo, en fin desflorándolo todo, sin profundizar en nada, disfrutando con delicia de los hermosos rayos del sol que alegraban nuestros corazones.

De repente á pocos pasos de nosotros en la esquina de la calle Dupont resonó un grito desgarrador, vimos correr y aglomerarse algunos transeuntes.

La gente en París, el pueblo espiritual por excelencia, es un poco novelera por no decir un mucho. ¿Se puede ser parisien sin esto?

—Algun accidente, me dijo mi compañero.

—¿Lo crees así?

—Vamos á verlo.

Llegamos al límite de la multitud, yo me empuñé sobre las puntas de los piés.

Dos obreros acababan de levantar y sentar sobre el borde de la acera á una pobre anciana mas pálida que un cadáver.

Uno de ellos la decia:

—¿Qué es esto, buena señora? ¿Qué os ha sucedido? ¿Cómo habeis caído cual larga sois en medio de la calle? ¿Estais enferma?

—Sí, sí, respondió ella con voz desfallecida.

—¿Tendreis acaso necesidad! la dijo el otro obrero.

La infeliz ocultó su cabeza entre sus dos blancas manos y guardó silencio.

Es una pobre mendiga y tiene hambre, dijo el otro. Vamos, señores y señoras, dadle alguna limosna, yo doy el ejemplo, ¿no hay quien favorezca á la pobre anciana?

Diciendo así el obrero habia puesto una moneda en manos de la mendiga; se quitó la gorra y la paseó por entre la multitud esperando el óbolo de la caridad... pero en vano, las gentes fueron desfilando sin seguir el ejemplo del generoso obrero.

Nosotros aunque nuestra bolsa no estaba muy provista reparamos la indiferencia de la multitud, pensando siempre en que Dios se encarga de reembolsar los gastos que se hacen en una buena accion. El obrero que habia contribuido el primero, nos agradeció con una expresiva mirada las monedas que habiamos depositado en su gorra y se dirigió á la pobre entregándole el producto de su cuestion, ayudándola á levantar.

—Vamos, buena señora, aquí tiene V. ya para comer una semana, idos á casa. ¿Dónde vivis?

—¡Ah! yo no tengo casa!

—Tendreis familia ó amigas.

—Y bien, id á tomar fuerzas en alguna parte, á reponeos, siquiera tomad un vaso de leche.

—No puedo andar.

—¿Queréis ir en un coche?

—Yo pagaré el cochero, dijo Enrique.

Durante este diálogo una hermosa berlina con escudo de armas se habia detenido en la esquina del Boulevard. Una señora de unos cincuenta años vestida con severa elegancia, habia descendido del carruaje blasonado y penetrando por entre la multitud, oyó las últimas palabras del obrero.

—¿No teneis domicilio? preguntó con bondad á la anciana.

—¡Ah! no, señora.

—¿Y no podeis andar?

—No.

—Venid conmigo, yo os llevaré hasta mi carruaje y procuraré que nada os falte en lo sucesivo.

—¡Gran corazón! exclamó uno de los obreros, mirando á la noble dama con una mezcla de admiracion y respeto.

Su camarada por un lado y él por otro ayudaron á la mendiga á subir al blasonado carruaje, saludando á la desconocida bienhechora que les respondió con una sonrisa

de gratitud: despues subió ella misma á su berlina y dijo al lacayo que parecia muy acostumbrado á riesgos de esta naturaleza:

—A casa.

La multitud que no habia tenido un maravedí para socorrer á la pobre mendiga que se moria de hambre, tenia deseos de aplaudir tan magnánima accion. En aquel momento creo que hubiera tenido efecto una segunda cuestion. Tal es el privilegio de la caridad, el ejemplo la multiplica y ablanda los corazones mas duros y mas indiferentes.

La berlina se habia alejado.

—Para que una mujer del gran mundo, dije yo á Mr. de Pontmolain, ponga así públicamente los piés en el lodo abandonando su carruaje, es preciso que sea un ángel.

—Esa mujer lo es en efecto.

—¡Oh! es grato ver la riqueza en tales manos.

—Pues la casualidad la ha colocado.

—¿La conocéis, pues?

—A quién?

—A esa mujer, á ese ángel.

—Sí.

—¿Su nombre?

—Es la providencia de los pobres. Ella fué pobre tambien, tan pobre que hubiera envidiado á esa misma mendiga á quien hoy socorre.

—De veras?

—Es todo una historia.

—Contádmela, querido Enrique.

Continuamos nuestro paseo por los campos Eliseos, y Mr. de Pontmolain me refirió lo siguiente.

II.

Sin duda que habreis pasado, aunque no sea mas que una vez, por la calle de la Fontaine Molier, delante de la travesía de Saint Honoré. La calle es estrecha y sombría, y habreis apenas notado en la esquina del Clos Georgean, la habitacion de Mr. de Voltaire, y todavia menos quizá frente por frente una alta y vieja casucha que no tenia mas de notable que sus herrajes de dos siglos enmohecidos por el tiempo; hoy están despojadas estas dos casas de su carácter original. La primera, aquella donde Lekain ensayaba sus primeros trágicos, pertenece hoy á Mr. Pongerville, uno de los miembros de la academia francesa, su único propietario que parece ligan el pasado con el presente. La segunda de estas casas, la del herraje enmohecido, tuvo por dueño á German Domarus, notario real, mayordomo de honor de la iglesia parroquial de Saint Roal, corresponsal de la sociedad lirica de Valenciennes &. He dicho tuvo, porque le perteneció en la primera mitad del siglo pasado; entonces la visitaban muchos clérigos, amigos del amo y se veian con frecuencia en la puerta del célebre notario blasonadas carrozas, de donde se apeaban multitud de marquesas y duquesas, no siendo difícil encontrar allí casi á todas horas los suizos que llevaban con orgullo la luciente alabarda y la severa librea, ni ver á través de los barrotes de las altas ventanas rostros finos y expresivos que ya reian ó lloraban al hacer un testamento ó un contrato.

La morada del difunto notario Real ha perdido por decirlo así, la vida; medio aruinada vá desmoronándose poco á poco. Hace seis años pertenecia en toda propiedad á Mr. Bernardo Domarus, venerable y venerado sacerdote, hijo del notario de la travesía Saint Honoré.

Los Domarus descendian de Bretaña de los alrededores de Redon y pertenecian á una antiquísima familia gozando de la doble consideracion que inspira el nacimiento y los méritos personales.

Bernardo Domarus se empeñó en ordenarse apesar de la resistencia de su padre y de los sacudimientos de la revolucion que ya se presentaba en el horizonte social. Esta naturaleza franca y generosa tenia necesidad de luchar y de sacrificarse; quiso consagrar á Dios todas las fuézas de su ser, inundándose su alma de poeta con los torrentes de la divina gracia; se puede decir que era un ángel sobre la tierra.

Geneveva su nodriza habia sido siempre el arma de gobierno del abate Domarus y cuando esta murió quedó su hija Marta sustituyéndola en los cuidados del viejo sacerdote; mas sin duda era su destino ver caer á su lado todas sus afecciones, teniendo siempre un vacío en su resignada existencia porque Marta se reunió muy pronto á su madre. Entonces miró en torno suyo para ver quien la remplazase; deseo difícil de conseguir porque son pocas las almas generosas, nobles y justas, y no veia á su lado ninguna santa mujer capaz de llenar la doble pérdida que habia experimentado.

Esperó una semana, dejando á la providencia el cuidado de proporcionarle una buena servidora.

Una mañana resonó en la puerta de la casa un tímido golpe; el viejo sorprendido dejó su gran sillón de damasco oscuro y descendió á lentos pasos al primer piso, abriendo la puerta de la calle.

Una mujer pobremente vestida y con el velo echado preguntó con una voz temblorosa por la emocion:

—Mr. el abate Domarus?

—Yo soy, señora.

—Desearia tener el honor de hablaros! quizá sea un atrevimiento... pero he supuesto...

—Entrad, entrad, señora, dijo el anciano invitándola con el jesto. Permitid que os enseñe el camino.

Y subió delante la oscura escalera. Cuando entraron en la sala que ocupaba generalmente el viejo sacerdote, quiso este aproximar una silla; pero la desconocida lo evitó diciéndole con una animacion extraña.

—No, no; señor abate, yo debo hablaros de pié.

—Sentaos, señora, os lo ruego, dijo este con bondad.

El abate habia recibido la experiencia que dan los años,

y no las enfermedades, conservando en toda su plenitud sus facultades intelectuales y sobre todo la memoria que era prodigiosa y le hacia recordar hasta las mas pequeñas cosas de su niñez.

Desde luego le chocó el contraste que presentaba el aspecto miserable de la desconocida con la distincion de sus maneras, y la actitud humilde que tomaba con la finura de sus palabras, comprendió que habia sido desgraciada y que quizá su humildad presente encerraba un pasado de splendor; sin saber porqué le pareció que tenía todo el eaire de una mujer distinguida y volvió á insistir para que tomase una silla.

—No, señor abate, respondió ella con lentitud; yo no debo sentarme.

—Entonces estaremos los dos de pié, dijo el abate con bondad.

Y como uniese la accion á la palabra la desconocida se sentó precipitadamente con respetuosa deferencia.

—Señor abate, dijo entonces ella con voz triste, estoy sola en el mundo.

—Tambien yo, señora.

—Sé que habeis perdido á la buena Marta.

—Buena, sí; lo era en verdad.

—Yo vengo á pretender....

—Hablad.

—Remplazarla.

—¿Vos, señora?

—Yo, señor abate.

Habia tan profunda resignacion y tanta firmeza en la voz de la desconocida y respiraba tanta nobleza su persona, que el anciano experimentó súbitamente una simpatía por ella que tenia mucho de admiracion y de gratitud. Comprendió que el cielo habia guiado los pasos de aquella mujer, y respondió despues de un instante de silencio.

—Yo no sé vuestro nombre, señora, no os conozco; pero hay algo en vos que me anuncia vuestra bondad y vuestra distincion haciéndome suponer que este destino es inferior de todo punto á vuestra educacion y á vuestro mérito; sin embargo si vos lo deseais, acepto vuestra proposicion.

—¡Oh! gracias, señor abate, respondió ella con viva gratitud.

—Doy gracias á Dios por haberos conducido aquí; desde hoy mi casa será la vuestra, y vos sereis mi amiga, no mi criada.

—Seré vuestra servidora, respondió ella con firmeza.

—Sereis mi amiga, contestó el anciano; conozco que habeis sufrido.

Ella levantó los ojos al cielo.

—Y bien, yo os consolaré, rogaré al cielo por vos y la paz volverá á vuestro corazon con la espesanza de una vida mejor.

La desconocida se acercó á la ventana y levantó su velo.

—¿No me engaño? ¿Sois vos, María? Hace veinte años que no os he visto y sin embargo os conozco ¡pobre niña! ¿Me direis por qué clase de infortunios ha pasado la hija de los condes de Rozancourt para querer remplazar en mi casa á mi criada Marta?

En pocas palabras María de Rozancourt, pues ella era, refirió al abate todas sus desgracias.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

Solucion al logogrifo inserto en el número 45.

Despues de pasar un rato devanándome los sesos para darle solucion al logogrifo que inserto ví en LA MODA el otro dia, lo que saqué en claro es esto:

Un color, sin duda, es *ocre*:

un rio de España es *Duero*:

es un suplicio la *horca*:

una madera es el *cedro*:

cuero se llama una piel:

un metal es el *acero*:

oda es poesia: nave, *urca*:

ruda, yerba: animal, *cerdo*:

arca, mueble: piedra, *roca*:

planta espinosa en extremo

es el *cardo*: está en la China

Corea: el sonido es *eco*:

olor malo es el *hedor*:

duo en la música encuentro,

y *ara* en el altar: *recado*:

duro es moneda: es el *credo*

símbolo del cristianismo:

si registro el mapa veo

en la América *Arauco*:

es el *arado* instrumento

de labranza: argolla, es *aro*:

que se llama *cuadra*, creo

un local de bestias, y ellas

en conjunto y movimiento

pueden formar una *recua*:

es la *carda* un instrumento

fabril (si no me equivoco):

odre, se llama un pellejo:

es la ensenada una *rada*:

crea, tela: *cerda*, pelo:

hárbara tribu es la *horda*:

era, cómputo del tiempo:

lo que por sí nada vale

no hay que decir que es el *cero*:

lo que mas que vale cuesta

es *caro*, (yo no lo niego)

cierto término forense me figuro que es *careo*; una porcion de la esfera es el *Ecuador*, (muy cierto): por mar y tierra camina la *rueda* que es un contento: nadie ignora que es la *rucca* un femeníl instrumento: una pintura es un *cuadro*: un viento fuerte es el *Euro*: *cura* exige la dolencia: *arco* es obra de arquitecto: la *cara* la arruga afea: es *Adra* un andaluz puerto: es el *aura* viento blando: *cera* alumbra: estera es *ruedo*: llámase á Dios *Hacedor*: en todo reloj observo que si tiene *cuerva* anda y que al andar, no hay remedio, sino que ha de dar la *hora*.

Ahora bien, si voy reuniendo las letras, y con cuidado las voy combinando, es hecho, cara á cara y frente á frente con *ahuecador* me encuentro.

J. R.

ADVERTENCIA.

Siendo en la actualidad considerable el número de composiciones en verso y prosa que existen en nuestro poder, remitidas para su insercion por muchos de nuestros suscritores, y teniendo resuelto, á fin de evitar quejas, el que aquellas vayan publicándose por turno riguroso de remision, nos vemos obligados á suplicar á las personas que con sus trabajos literarios nos favorecen, se sirvan suspender el envío de los que piensen destinar á este periódico, hasta nuevo aviso nuestro, que tendrá lugar tan pronto como nos sea posible dar salida á los muchos originales, que por el expresado motivo no han podido aun ser publicados.

EL DIRECTOR.

OTRA.

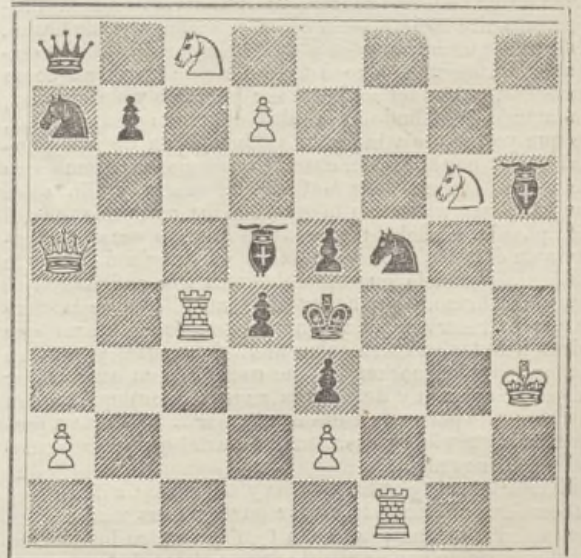
Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

En el problema anterior se ha cometido un error: un Alfil blanco ha sido colocado en la 1.^a casilla de la T. del R., en lugar de un Alfil negro. Rogamos á nuestros lectores se sirvan hacer la rectificacion.

PROBLEMA N.º 108, COMPUESTO POR M. ENGLEHARDT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.